

ENTREVISTA A CARLOS MARICHAL*

Alicia Salmerón
Elisa Speckman**

El doctor Carlos Marichal es un destacado historiador latinoamericanista, promotor de los estudios de historia económica en nuestro país. Llegó a México muy joven, como profesor a la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), y desde 1989 es investigador de El Colegio de México. Ha impulsado la formación de seminarios tanto de historia financiera y bancaria, como de historia de la empresa, del pensamiento económico y de las ideas; ha dirigido trabajos de rescate y organización de importantes archivos históricos y actualmente preside la Asociación Mexicana de Historia Económica.

Entre sus estudios más importantes se cuentan *Historia de la deuda externa de América Latina; A Century of Debt Crises in Latin America: from Independence to the Great Depression, 1820-1930; Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930: nuevos debates y problemas en historia económica comparada; y La bancarrota del virreinato, Nueva España y las finanzas del imperio español, 1780-1810*. Su obra incluye también una rica labor de edición y coordinación de publicaciones en colaboración con historiadores como Pedro Tedde, Leonor Ludlow, Mario Cerutti, Manuel Miño, Paolo Riguzzi y Daniela Marino.

* La presente conversación tuvo lugar el 20 de mayo de 2002, en el salón José Gaos del Colegio de México. Forma parte de un proyecto más amplio que reunirá una serie de entrevistas a destacados historiadores mexicanistas y que busca rescatar opiniones y experiencias de un conjunto de profesores que, de alguna manera, ha marcado a una generación de jóvenes historiadores en México.

** Alicia Salmerón, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Elisa Speckman, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.

Para dar inicio a esta conversación queremos pedirle que nos hable un poco de cuándo y cómo llegó usted a México:

Llegué a México en enero de 1979, con una invitación como profesor visitante en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. En realidad, hasta entonces venir a México no había formado parte de mis planes. En aquella época estaba en España y pensaba quedarme a trabajar allá. En el año 1977-1978 me encontraba incorporado a un instituto de investigaciones en Madrid, con el profesor Miguel Martínez Cuadrado, con quien ya había trabajado años atrás. Cumplía con diversas tareas en ese instituto, pero lo que yo quería era ser profesor en la Universidad Complutense o en algún otro centro universitario en España. Me interesaba quedarme en ese país porque había estudiado temas de historia española y también por mi trayectoria personal: toda mi familia era de allá. Pero no hubo oportunidad porque el sistema universitario español era bastante cerrado; hoy se ha flexibilizado un poco, pero en aquel momento no encontré un espacio.

Un buen día recibí una carta de Juan Oddone, un profesor uruguayo que estaba trabajando en la Universidad Autónoma Metropolitana, en la que me preguntaba: “Carlos ¿por qué no te vienes a México? Manda tus papeles.” Se los mandé a Luis Villoro, que era el director de la División de Ciencias Sociales; también le mandé un libro mío que acababa de salir: *La revolución liberal y los primeros partidos políticos en España, 1834-1844*. Era mi primer libro y pensé que serviría para apoyar mi solicitud como historiador especialista en temas europeos. Villoro fue muy amable, contestó mi carta y durante un año nos escribimos varias veces. Siempre me dijo que la UAM estaba muy interesada en contratarme, que se prepararía todo para que a mi llegada se abriera un concurso, pero no había ninguna oferta concreta. No podía viajar en esas condiciones: estaba casado, tenía una hija pequeña, necesitaba alguna garantía de empleo. Seguí escribiendo a la UAM y, en el otoño de 1978, recibí una respuesta, pero esta vez fue de Jorge Martínez Contreras, quien había reemplazado a Luis Villoro. Me sorprendió un poco, pero Martínez Contreras no tuvo ninguna reticencia en invitarme y me dijo: “Te vienes a México como profesor visitante y te abrimos el concurso.”

En diciembre de 1978, Soledad, nuestra hija Ana y yo tomamos el avión y llegamos a México. No conocíamos el país. Diez años antes yo había pasado por la ciudad de México, pero en realidad no conocía nada. Tuvimos suerte: conseguimos una casa preciosa en la Plaza de la Conchita, en Coyoacán, y vivimos ahí dos años deliciosos. No podíamos haber encontrado mejor lugar para establecernos que ese remanso colonial, al lado de la vieja casa de Cortés, junto a la iglesita de la Concepción y cerca de una escuela de preescolar donde Ana Esperanza entró de inmediato. Y muy pronto empecé a dar clases en la Universidad Metropolitana. Tenía alguna dificultad para llegar, porque Iztapalapa está lejos y sin comunicación directa. Juan Oddone decía que en la UAM

no nos pagaban por enseñar, sino por llegar... Me dediqué de lleno a mis clases, me encantaron. ¡El único escollo importante fue que no me pagaban! El concurso se retrasó, tuve que hacer muchas gestiones en la Secretaría de Gobernación y durante ocho meses, de enero a agosto de 1979, no recibí pago. Pero también para eso tuvimos suerte, porque teníamos una gran amistad: el ingeniero José Puche, quien nos ofreció su apoyo desde el día en que llegamos, nos prestó dinero y pudimos sobrevivir –con esos fondos y con algunos préstamos de otras instancias– hasta que salió el concurso. A partir de entonces la vida fue un poco más tranquila.

¿Cómo era el ambiente de trabajo que encontró usted en la UAM?

Cuando llegué a la Universidad Metropolitana en 1978-1979, México era el lugar más atractivo para trabajar en todo Latinoamérica. La exportación petrolera estaba en pleno auge y los contratos que ofrecía la UAM eran atractivos para profesores de todas partes del mundo. De ahí que cuando llegué me encontré con un grupo muy cosmopolita de profesores. En el área de Historia estaban Hira de Gortari –entonces jefe del Departamento de Filosofía–, mexicano, con estudios en Francia; Juan Oddone, uruguayo, que había sido jefe de Historia del Departamento de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Montevideo; Guy Pierre, de Haití, dedicado a la historia económica, con estudios en Francia; Jan Patula, polaco, también con estudios en Francia; Juan Carlos Garavaglia, argentino, un colonialista muy destacado que había salido de su país con la dictadura; Carmen Ramos, mexicana, con estudios de doctorado en Nueva York; Geralda Díaz, una brasileña que había hecho aquí el doctorado, en El Colegio de México; Norma Zubirán, mexicana, egresada de la UNAM... Era un grupo muy internacional y muy interesante, trabajamos juntos seis o siete años. Y esto no fue exclusivo del Departamento de Historia, había otros grupos diversos, con gente muy preparada, en los departamentos de Economía, Antropología, Sociología...; también en Biología, Ciencias Exactas y en muchos otros. La Universidad Autónoma Metropolitana se consolidó entonces como una institución de excelencia en muchas disciplinas, en buena medida gracias a su apertura a la afluencia de profesores de distintos países... Con aquel grupo de profesores de historia pudimos establecer un *curriculum* muy amplio. Dábamos clases de historia de México, de América Latina, de Europa... El objetivo era tener una oferta lo más variada posible de cursos. También lanzamos una maestría y funcionó bien, yo fui el primer coordinador... Fue así como empezó mi carrera académica en México.

Mencionaba usted su libro sobre los primeros partidos políticos españoles, un tema que trabajó antes de dedicarse a la historia económica de América Latina. ¿Cómo fue que se acercó inicialmente a la historia política y a la historia de España?

Mis primeros trabajos fueron, en efecto, sobre historia española. Les decía que esto tiene que ver con mi trayectoria familiar: mis padres dejaron España con la guerra civil. Mi padre viajó primero a Francia, luego a Marruecos y, finalmente, llegó a México en 1941. Aquí estudió una licenciatura en la UNAM, tuvo de profesores a José Gaos y a Edmundo O’Gorman... Y escribió un recuerdo interesante de esos años –“Recuerdos de Mascarones”–, que publicó hace unos años en la *Revista de la Universidad*. Mi padre vive todavía y sigue relativamente activo... De México se fue a Estados Unidos –en donde trabajó como profesor universitario, de literatura–, allá conoció a mi madre y se quedaron muchos años. Por eso yo nací en Estados Unidos, allá me crié y me eduqué.

En el año de 1970-1971 decidí ir a España y me quedé dos años. Un año lo pasé en un Colegio Mayor; otro en casa de mi tío, Jaime Salinas –que era editor. Los dos años estuve vinculado a la Universidad Complutense. Fue la primera vez que trabajé con Martínez Cuadrado, que se dedicaba a la historia política del siglo XIX, estudiaba las elecciones. El tema me interesó y tanto él como su auxiliar, Miguel Ángel Ruiz de Azúa, me orientaron hacia la historia de las elecciones en España; luego me metí ya en el tema de los primeros partidos. Pasé meses en la hemeroteca municipal, revisando la prensa, empapándome del siglo XIX... Por cierto, que atendían la hemeroteca unos bedeles prehistóricos, unos personajes que traían los periódicos a regañadientes, que creían que su trabajo consistía sólo en estar y no en facilitar el estudio del material que resguardaban. Pero la pasé muy bien, el viejo Madrid era atractivo... y yo llegaba a la hemeroteca a pie desde la casa de mi tío, caminando desde el barrio de La Latina hasta la Plaza de la Villa...

De manera que, efectivamente, mi primer trabajo fue de historia de España y de historia política. Mi formación inicial fue en historia constitucional, de las elecciones y los partidos políticos, en lo que también podría llamarse “derecho político”. Y recibí una formación bastante sólida en este campo, porque estuve cerca de un grupo de buenos profesores y de jóvenes investigadores de la Complutense. Pero a los dos años obtuve una beca para ir a estudiar el doctorado de historia en Harvard y volví a Estados Unidos.

¿Fue durante sus estudios de doctorado cuando comenzó a interesarse por la historia argentina?

No exactamente. El doctorado que yo hice era muy amplio y estaba a caballo entre la historia de Europa y la de América Latina. Trabajé básicamente con John Parry –el gran experto inglés en historia colonial de la América española– y con John Womack, que era mexicanista, pero que también impartía un curso de América Latina. Con él tuvimos un seminario muy interesante sobre pensadores y políticos después de la revolución mexicana. Cada miembro del seminario escogió a una figura y la presentó al grupo. John Skirius, por ejemplo,

eligió a José Vasconcelos, y aquel primer seminario dio pie a sus trabajos posteriores sobre este personaje; yo elegí a Diego Rivera e hice un ensayo sobre el pintor que me divirtió mucho. En el doctorado seguí dos años de cursos y luego obtuve una beca para hacer mi tesis. Soledad y yo decidimos usar ese financiamiento para conocer un poco América Latina y acordamos que haríamos un periplo por el subcontinente hasta llegar a Argentina, donde ella quería terminar sus estudios en antropología. Llegamos a Buenos Aires en diciembre de 1973.

Hay que decir que esas becas que ofrecen las universidades estadounidenses son un gran apoyo para los estudiantes. Permiten viajar, acercarse a otros países y estudiar sus archivos a fondo, con el resultado de buenas tesis doctorales que muchas veces se convierten en libros. Creo que, en gran medida, ese tipo de financiamientos hizo posible “la época de oro” de la historiografía estadounidense –años sesenta, setenta, ochenta–... y las becas se siguen otorgando hoy en día. Bueno, pues con una de esas becas llegué a Buenos Aires y ahí me puse a buscar mi tema de tesis.

De alguna manera usted se había especializado en historia política y le había gustado mucho, pero en Argentina optó por la historia económica ¿cómo fue que dio ese giro?

Cuando llegué a Argentina no sabía qué tema iba a trabajar. Lo que en realidad me llamaba la atención era el Potosí: el “Cerro Rico” me atraía y estaba seguro de que en los archivos de Buenos Aires encontraría mucho material. Sin embargo, por varios motivos, no hice mi tesis sobre este tema... Me fui interesando, en cambio, en la historia económica del siglo XIX. De manera quizá un poco casual, algunos colegas argentinos y estadounidenses me jalaban en esa dirección. Y acabé metido en una biblioteca muy curiosa: la biblioteca del antiguo Banco Tornquist. Lo que encontré en la Biblioteca Tornquist –que es la más rica en historia económica que hay en Sudamérica– me fascinó y me metí en el estudio del esplendor económico argentino de finales del siglo XIX y principios del XX. Me llamó mucho la atención que hubiera pocos estudios sobre el tema, ya que Argentina fue el país que alcanzó el mayor desarrollo económico de toda Latinoamérica en aquella época y que, para los años veinte, ocupaba el noveno lugar en el mundo por su nivel de ingreso. De manera que tenía frente a mí un tema nuevo y una mina de materiales que no habían sido trabajados a fondo.

Creo que el vivir en Buenos Aires también contó mucho en mi gusto por el tema. Es una ciudad espectacular de fines del siglo XIX y principios del XX –no es un centro de creación reciente. Es impresionante por su arquitectura, por sus dimensiones: las estaciones de ferrocarril, por ejemplo, son magníficas. Y es que las empresas ferroviarias de Argentina –de capital británico y francés– fueron las mayores de la época. Y todo eso estaba también en la Biblioteca

Tornquist. La ciudad me deslumbró y trabajar los materiales en esa magnífica biblioteca era como descubrir las raíces de ese Buenos Aires de la *belle époque*.

Usted había trabajado un tema de historia de España, luego se especializó en historia de Argentina, ¿cómo fue que llegó a la historia de México?

Debo decir que las circunstancias han tenido mucho que ver con mis temas de investigación. Nosotros salimos de Buenos Aires en el año de 1977, en plena dictadura. Fue entonces que fuimos a España y de ahí viajamos a México. De habernos quedado en Argentina quizá hubiera sido diferente... Pero nuestra salida fue resultado de una coyuntura política tremenda. De todas maneras, cuando llegué a México pensé que iba a seguir trabajando los temas argentinos. Sin embargo, a raíz de mi trabajo como profesor en la Universidad Metropolitana, me fui interesando cada vez más por la historia de México.

No conocía bien la historia de México, pero cualquier profesor que llegue al país y comience a participar en la vida dentro y fuera de la universidad empieza también a interesarse en ella. La historia de México es fascinante: muy rica, multifacética, singular y compleja... Además, mis colegas me acercaron a algunos temas en particular: comencé a trabajar cuestiones mexicanas a raíz de un seminario que impulsamos en la UAM hacia el año 1982. Fue un seminario de historia financiera que organizamos los profesores Guy Pierre, Abdiel Oñate y Leonor Ludlow, que es una gran colega y amiga. Iniciamos esas reuniones tras la visita de dos magníficos profesores europeos: uno fue Gabriel Tortella, un historiador español que nos dio un pequeño curso informal sobre historia bancaria; el otro fue el lamentablemente fallecido profesor Jean Bouvier, el mayor experto en historia bancaria de Francia, con quien también organizamos un seminario para profesores y alumnos avanzados en la UAM. Aquella experiencia sirvió de base para el Seminario de Historia del Crédito y las Finanzas en México, que formamos más tarde.

Al mismo tiempo que organizábamos aquellas reuniones, Leonor Ludlow y yo fuimos a explorar los fondos documentales del Banco Nacional de México. Nos habían dicho que tenía un archivo en unas oficinas que estaban en la calle de 16 de Septiembre. Era un pequeño acervo cuidado celosamente por un funcionario –José Antonio Bátiz–, que dependía del departamento de prensa del Banco. Ahí guardaba una gran cantidad de documentos valiosos en una caja fuerte antigua. Ése fue nuestro primer encuentro con el archivo de Banamex y marcó nuestro interés por el tema de las fuentes y la historia bancaria en México. Años después organizamos el archivo histórico del Banco Nacional y, desde luego, la historia bancaria y las finanzas públicas siguen siendo unos de mis temas de estudio. De nuevo aquí fue el encuentro con una fuente privilegiada lo que despertó mi interés en nuevos temas de investigación.

Podría hablarnos un poco más sobre ese Seminario de Historia del Crédito y Finanzas en México, que trabajó con tan buenos resultados durante varios años:

Aquel fue un seminario que funcionó regularmente durante casi catorce años y que fue bastante *sui generis*. Comenzó reuniéndose en la Universidad Autónoma Metropolitana, pero luego siguió en la UNAM, en El Colegio de México y en el Instituto Mora. No tenía una sede fija, migraba de un lugar a otro, en parte por razones de coyuntura, pero también como un medio para incorporar a gente de distintas instituciones. El Seminario contó siempre con unos doce o quince miembros que venían de esas instituciones y también del CIESAS, el INAH, la Universidad de Puebla, el Colegio de Michoacán... No todos los que asistían estaban interesados en la historia del crédito y las finanzas, había quienes investigaban sobre mercados y comercio, por ejemplo, pero el seminario era un buen lugar para presentar sus trabajos. Era un espacio atractivo para muchos jóvenes historiadores: hacíamos reuniones mensuales, discutíamos, recibíamos profesores extranjeros que venían a México, socializábamos... y, al final del año, tratábamos de hacer un coloquio y sacar un libro. Como resultado de esos coloquios se publicaron seis o siete volúmenes, unos editados por Leonor Ludlow y por mí, otros por Jorge Silva, Pilar Martínez, Francisco Cervantes, Juan Carlos Grosso...

Creo que seminarios interinstitucionales como este han logrado que la investigación histórica se multiplique, se intensifique. La creación de espacios más amplios que los de una sola institución enriquece nuestro trabajo al permitir el intercambio, de cierta manera lo poliniza o lo fertiliza.... Esos espacios proporcionan además un aliciente mayor que el del trabajo estrictamente individual. Y no es que se deje de hacer un trabajo individual, pero en la historia –en las ciencias sociales, en general– es cada vez más atractiva y más necesaria la labor colectiva. Estoy convencido de que el trabajo en equipo –un trabajo flexible, no rígido ni jerárquico– tiene grandes posibilidades de desarrollo, necesarias en nuestros países. En este sentido estamos un poco a la zaga de los investigadores de las llamadas “ciencias duras”, pero creo que ya vamos en ese camino.

De hecho, el trabajo en equipo es uno de los factores que explica el rápido avance que en México han tenido ciertos campos de las ciencias sociales. Esa forma de trabajar nos da algunas ventajas frente a Estados Unidos, por ejemplo, en donde la investigación está atomizada y los jóvenes no encuentran grupos con cuáles vincularse, trabajan aislados. Para que una disciplina avance, es necesario que haya un grupo amplio de investigadores trabajando; pero también que haya una serie de grupos que se reúna con regularidad. Por eso ha sido importante nuestro Seminario de Historia del Crédito y Finanzas en México, y otros como el seminario sobre historia de la minería que ha impulsado durante años Inés Herrera. Creo que esos esfuerzos ayudaron mucho a la realización de otro proyecto colectivo del que he formado parte: la creación de la Asociación Mexicana de Historia Económica.

Nos dice que el trabajo en equipo ha sido fundamental para el avance en algunos campos de las ciencias sociales en México y en algunas áreas de la historia, ¿podríamos pensar que la historia económica se encuentra entre ellas? ¿Además del trabajo colectivo, a qué otros factores podría atribuirse, de ser el caso, un auge de la historia económica en México?

Desde luego que en México se ha registrado un auge de la historia económica. Se hace evidente con sólo ver el número de investigadores inscritos en la Asociación Mexicana de Historia Económica y el de las publicaciones históricas relacionadas con la economía. El fenómeno impresiona incluso a profesores que vienen de fuera, pues contrasta con lo que está ocurriendo en otros países. Por ejemplo, en Estados Unidos la historia económica mantiene su importancia, pero no crece. Y lo mismo sucede en otros sitios. El interés por la historia económica fue muy fuerte en Estados Unidos y luego en Europa —en Inglaterra, España, Italia—... desde los años setenta y hasta los noventa, como resultado de un esfuerzo por explicar la rápida industrialización de unos países y el atraso de otros. Pero hoy en día la historia económica parece haber llegado a su máximo punto de desarrollo: su tendencia general es mantenerse, sin crecer mayormente, aunque sin decrecer tampoco. Se mantiene porque sigue respondiendo a las necesidades e intereses de un público amplio —universitario y extrauniversitario— por conocer el papel que juegan los factores económicos en la vida moderna. Sin embargo, a nivel internacional, lo que se está fortaleciendo ahora es más bien la historia cultural, es obvio que lleva la delantera: los historiadores jóvenes eligen ese campo y va ganando terreno... Me parece que también hay una renovación de la historia social; y hay otro campo que todavía no figura demasiado, el de la historia de las relaciones internacionales, el cual creo que va a interesar a muchos jóvenes investigadores en esta época llamada de globalización.

Pero, al menos en lo que respecta a la historia económica, México va a contracorriente de lo que sucede en otros países. Yo diría que el interés creciente por la historia económica en nuestro caso particular responde a diversas razones. En primer lugar, está la gran fascinación por la época colonial. Esa fascinación, así como la calidad de las investigaciones históricas precedentes, ha permitido el despegue de la historia económica. En especial la época borbónica ha atraído a muchos estudiosos, en gran parte por la riqueza de las fuentes sobre la Nueva España en el siglo XVIII. Ha habido entonces muy buenos colonialistas y muchos de ellos se han inclinado por la historia económica. Se trata de especialistas que provienen de un número impresionante de países, como los franceses François Chevalier y Thomas Calvo; los ingleses David Brading y Brian Hamnett; los alemanes Horst Pietschmann y Reinhard Liehr; los españoles Pedro Pérez Herrero, José Jesús Hernández Palomo y José Antonio Calderón Quijano; los estadounidenses Eric van Young, Richard Salvucci, John Tutino, Herbert Klein y también John Coatsworth, John TePaske, Stanley Stein y Susan Dean Smith...

Son literalmente docenas de historiadores de primer nivel que han trabajado el México borbónico en los últimos 30 años y publicado libros aquí, pero también en Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España, Alemania, Holanda... Y estas obras han propiciado el despegue de la historia económica mexicana.

Otra de las razones que podría ayudar a explicar el creciente interés por la historia económica en México es el puente construido entre los estudios sociales y los económicos. En los años setenta y principios de los ochenta, muchos investigadores jóvenes, dedicados a la historia social, se dieron cuenta de que sus temas estaban vinculados con lo económico y que para comprenderlos necesitaban conocer la historia de las empresas, las haciendas, las minas... Se empezó entonces a hacer una historia que podríamos llamar socioeconómica, pero que con el tiempo se hizo cada vez más económica –aunque conservó siempre el vínculo entre las dos disciplinas–... Y en los últimos años, la historia económica ha recibido un nuevo impulso con la incorporación de jóvenes economistas que se han interesado en este campo de investigación.

Quisiéramos preguntarle ahora sobre su oficio de historiador, ¿podría comentarnos algo sobre su forma personal de trabajar?

Bueno, esta pregunta tengo que contestarla en función de una trayectoria que ha sido cambiante. Como les he dicho, empecé haciendo historia política y luego pasé a la económica, aunque siempre me interesó el vínculo entre ambas. De hecho, ese puente entre la historia política y la historia económica ha sido el eje de mis investigaciones. Considero que no es factible entender una esfera sin la otra y creo que ese puente permite entender mejor la complejidad de la dinámica de la historia. El problema es que el conocimiento separado de las diferentes áreas de la realidad humana no permite entender siempre al conjunto. Y esto no es sólo porque la realidad sea más compleja que cada una de sus partes, sino porque hay cuestiones particulares que no pueden explicarse a partir de una sola especialidad. No puede pensarse en una explicación histórica del todo coherente derivada de un solo enfoque metodológico. En mi caso particular, creo que resulta imposible entender la historia de las finanzas públicas, la deuda externa o el desarrollo económico y su relación con la historia de las empresas, sin entender la permanente relación entre política y economía, entre el marco institucional y la economía. Esto complica mucho las cosas, porque hay que combinar metodologías un tanto diferentes. Pero eso es lo que intento hacer.

Pondré como ejemplo el tema que más me ha interesado, el de la deuda externa en América Latina. Ésta es una materia que no puede entenderse solamente a partir de la historia económica, pues hay que entender también la relación entre Estado y la Banca, entre los políticos y los banqueros. Es un escenario en el que participan una multiplicidad de actores, donde se producen negociaciones constantes, bajo tensiones considerables y en condiciones siempre cambiantes por las transformaciones que caracterizan al mundo

moderno. De ahí que se trate de un fenómeno difícil de captar y de analizar... El problema me sigue atrapando, me sigue atrayendo, y obliga, desde luego, a recurrir a diferentes metodologías. Por ello hay que consultar los trabajos de politólogos, economistas e historiadores, aunque estos no siempre dialogan entre sí, sino que presentan explicaciones unilaterales. Creo que los investigadores debemos replantearnos a fondo esta problemática y enfrentar la necesidad de estudiar fenómenos con trayectorias paralelas y al mismo tiempo cruzadas, como son la dinámica económica y la dinámica política.

¿Cómo ahondar en un tema sin caer en un excesivo particularismo? ¿Cómo puede el historiador salvar las trampas de la especialización?

Considero que para trabajar bien en historia hay que saber combinar dos caminos. En primer lugar, es necesaria una considerable amplitud de lecturas. El historiador, a diferencia de otros científicos sociales, se caracteriza por leer sobre diversos temas. Es más generalista. No sólo se interesa por su propio país, sino por otras realidades; no sólo se preocupa por el pasado, sino también por el momento actual; y además de ser especialista en un campo, conoce otras áreas de investigación. El segundo camino es, desde luego, la especialización, pues en algún momento, el historiador tiene que elegir una especialidad, o dos, y en ellas concentrar sus lecturas para alcanzar un buen dominio metodológico.

Creo que a diferencia de otros investigadores sociales –que en ocasiones pueden concentrarse en su especialidad y seguir ese camino de manera muy sistemática, sin tener que abrirse a un marco más amplio–, para el historiador es necesario contar además con un panorama general. En ese sentido la labor del historiador contemporáneo es muy compleja. Debe combinar lo tradicional –la visión generalista, humanista del historiador–, con la especialización del moderno científico social, con el esfuerzo por hacer un trabajo cada vez más sistemático, con un riguroso manejo de la información.

Para cerrar esta entrevista, nos gustaría preguntarle ¿cuáles considera que son los libros fundamentales de nuestra época?

Creo que en la época actual no hay grandes libros. En el siglo XIX, e inclusive a principio del XX, era posible definir la obra más importante del año o el pensador más destacado en cierto campo del conocimiento. Entonces ese concepto tenía su validez, pero creo que en la época actual resulta imposible señalar los libros fundamentales. Esto tiene que ver con las características de la industria editorial moderna, con la multiplicación de los libros que se publican cada año...

Por ejemplo, en España, el país más importante a nivel editorial en lengua española, se publican anualmente entre 40 y 50 000 títulos. Quizás 60 o 70% de esos títulos sean reediciones, pero de cualquier modo, la cantidad de libros que se ofrecen al lector potencial es alucinante. El librero tradicional ya no sabe qué adquirir, el editor no sabe en qué línea concentrarse y el lector no

sabe qué elegir... Imagínense, entre tantos miles al año, ¿cómo decir cuál es el gran libro? Otro ejemplo. De manera reciente han proliferado las obras sobre globalización –en ciencias sociales se publican hoy más trabajos con el título “globalización” que con cualquier otro encabezado–, y los escriben todo tipo de autores: financieros, empresarios, científicos sociales, economistas, políticos y hasta historiadores. He estado leyendo un buen número y creo que hay contribuciones muy interesantes, pero me resultaría muy difícil decir cuál es el mejor... Encuentro grandes dificultades para dar una respuesta sobre grandes libros en las últimas décadas del siglo XX y los inicios del XXI, porque creo que el concepto hoy está en cuestión.



Tomado de: Guy Stresser-Péan, *El arado criollo en México y América Central*, CEMCIA/IFAL/ORSTOM, México, 1988.